

## LECCION XXXVII.

### PROMESAS Y FIGURAS DEL MESÍAS.

Cisma de las diez tribus.—Su idolatría.—Jonás las exhorta á que se conviertan.—Recibe el mandato de ir á predicar la penitencia á Ninive.—Quiere evitar este encargo.—Es lanzado al mar y tragado por un pez que le arroja á la playa.—Predica en Ninive.—Penitencia de los ninivitas.—Quejas de Jonás con motivo de una hiedra seca.—Amonestaciones del Señor.—Jonás, décimoctava figura del Mesías.

En las figuras anteriores hemos visto al Salvador sucesivamente padeciendo, perseguido y humillado, y despues elevado al colmo de la gloria y reinando en paz sobre sus enemigos vencidos. Para completar tan magnífico cuadro, no faltaba mas que decirnos cómo pasará el Salvador de la humillacion á la gloria, y esto es lo que ha tenido cuidado de enseñarnos la Providencia con la décimoctava figura, la última de nuestro Catecismo.

Salomon habia abrumado á sus súbditos de impuestos en los últimos años de su reinado; despues de su muerte trataron de suavizar el yugo bajo el cual gemian, y se dirigieron á Roboam, hijo y sucesor de Salomon, presentándole esta peticion: Vuestro padre nos ha impuesto un yugo muy pesado, y os suplicamos que alivieis en algo el rigor con que nos ha tratado, pues de esta suerte nos someterémos á vuestra autoridad, y hallaréis en nosotros la mas completa obediencia.

Roboam consultó primero sobre esta peticion á los ancianos que habian sido los consejeros de Salomon, y fueron de parecer de que se concediese al pueblo lo que deseaba. No agradó á Roboam este parecer, y mandó llamar á una multitud de jóvenes cortesanos educados con él en las delicias de la corte, y les propuso la misma cuestion; pero ellos le aconsejaron que estableciese su autoridad con un golpe de energía, y le determinaron á que respondiera al pueblo con dureza: Mi padre os impuso un yugo pesado, y yo lo haré mas insoportable aun; mi padre os castigó con azotes, y yo os castigaré

con látigos armados de puntas de hierro. Dios permitió que prevaleciese este parecer.

La respuesta del Rey excitó una sublevacion general en el pueblo; diez tribus se separaron de Roboam, y no quedaron bajo su obediencia mas que la tribu de Judá y la de Benjamin. Así se cumplió la amenaza que el Señor habia hecho á Salomon.

La nacion judía quedó dividida en dos Estados: el de las diez tribus tomó el nombre de reino de Israel, y el otro se llamó reino de Judá. Jeroboam, jefe del reino de Israel, estableció su morada en una ciudad llamada Siquem, y sesenta años despues Amri, uno de sus sucesores, mandó edificar la ciudad de Samaria, que fue la capital del reino de Israel, como Jerusalem lo fue del reino de Judá.

Temeroso Jeroboam de que las diez tribus no se reuniesen á sus hermanos de Judá, prohibió á sus súbditos que fueran á sacrificar al templo de Jerusalem; erigió dos becerros de oro á los cuales dió el nombre de dioses de Israel, y los hizo adorar. Conservó, sin embargo, la ley de Moisés, que interpretaba á su antojo, aunque hacia observar todas las reglas exteriores, de modo que el *Pen-tateuco* fue siempre venerado en las tribus separadas. El Señor, cuya misericordia es infinita, hizo salir de entre este reino cismático un hombre que fue una de las mas hermosas figuras del Redentor. Era Jonás, que, profeta y figura del Mesías á un mismo tiempo, forma, por decirlo así, la transicion entre las figuras y las profecías.

Despues de haber exhortado por mucho tiempo al reino de Israel á que renunciase á los falsos dioses, fue enviado por el Señor á predicar la penitencia á los habitantes de la ciudad de Ninive. Parte, profeta, le dijo el Señor, y trasládete á la gran ciudad de Ninive, y anuncia á sus habitantes que la voz de sus iniquidades ha subido hasta mí pidiendo venganza.

La comision pareció peligrosa á Jonás. Sabiendo cuán infinita era la bondad de su Dios, concibió la idea de que los habitantes de Ninive recurririan á la penitencia movidos por sus palabras y por los males que les amenazaban; que el Señor, siendo tan inclinado á la misericordia, no se resolveria á exterminarlos; que serian despreciadas sus palabras y su persona, y que hasta podia peligrar su vida. Resolvió, por consiguiente, huir de la presencia del Señor; y en vez de partir á Ninive, se dirigió á Joppe, puerto de mar en la costa de



los filisteos; habiendo hallado allí una nave pronta á darse á la vela para Tarsis, pagó al piloto para ser admitido entre los pasajeros, y se embarcó.

Profeta, en vano llamas en tu auxilio el mar y los vientos, pues no se evita la presencia del Señor con el alejamiento y la fuga. Apenas salió del puerto, el Señor levantó un viento impetuoso; una furiosa borrasca combatió la nave, que creían á cada instante iba á hacerse pedazos; alarmáronse los marineros, y hasta se vieron éstos precisados á arrojar al mar todas las mercancías para aligerar el peso del buque.

Durante el peligro, Jonás habia bajado al fondo de la nave, donde dormia profundamente. El piloto va á encontrarle y le dice: ¿Cómo podeis dormir en el peligro que á todos nos amenaza? Levantaos, invocad á vuestro Dios, y tal vez se compadezca de nosotros. Jonás se puso en oracion, pero el Señor permaneció inflexible. No se sabia de qué recurso valerse, cuando los pasajeros opinaron decirse mutuamente: Preciso es que haya entre nosotros alguno cuyo crimen atrae la cólera del cielo; consultemos la suerte, y sepamos quién es el culpable. Sorteáronse todos los pasajeros, y el designado fue Jonás. Pregúntanle entonces quién es, á dónde va, cuál es su nacion, y especialmente el crimen que ha cometido y que ha sido causa de tan espantosa tempestad. Soy hebreo, responde Jonás, sirvo al Dios del cielo que hizo el mar y la tierra, y soy ante él culpable porque huyo de su presencia por no ejecutar las órdenes que me ha dado.

Estas palabras llenan de terror á toda la tripulacion. ¿Qué harémos de vos, preguntan al Profeta, para apaciguar el cielo y calmar las aguas? Porque ya veis que las olas crecen de cada vez mas y se enfurecen. Apoderaos de mí, les dice Jonás, y arrojadme al mar, y el Señor hará cesar la tempestad. No les gustó el consejo del Profeta, pues hallándose los pasajeros á punto de perecer todos, no podian resolverse á dar muerte á un extranjero que les habia confiado su vida. Trataron, pues, de volver á tierra á fuerza de remos, pero no lo consiguieron, y tomaron entonces el partido que el mismo culpable no cesaba de sugerirles: Jonás fue arrojado al mar, é inmediatamente se apaciguó la tempestad.

El Señor no olvidó á su Profeta, y dirigió á aquel paraje un pez de monstruosa magnitud expresamente destinado á tragarse á Jonás y preservarle de naufragio. Jonás permaneció tres dias y tres

noches en el vientre de aquella ballena <sup>1</sup>. Es un milagro como la conservacion de los tres niños en el horno de Babilonia; pero los milagros no cuestan ningun esfuerzo al que crió el universo y dispone á su antojo de todas las criaturas <sup>2</sup>.

Aunque no le sea permitido al hombre escudriñar los consejos del Altísimo, y aunque el buen sentido nos diga que Dios no hace nada sin razones dignas de su sabiduría infinita, aun cuando no los conozcamos, nos parece, sin embargo, natural ver dos principales motivos en el milagro de Jonás. El Señor envia á este Profeta á un pueblo pagano, á una inmensa ciudad entregada á las culpables distracciones de los deleites. Y ¿cómo acogerán sus voluptuosos habitantes al extranjero que aparece en medio de su país sin carácter ni mision? ¿cómo escucharán las duras palabras del lúgubre profeta que va á exigirles el sacrificio mas penoso, el de sus pasiones? ¿No estarán en su derecho si le piden sus credenciales? Y mientras no las haya enseñado ¿serán culpables si le miran como un impostor? Por el contrario, si ven en Jonás al hombre cuya milagrosa historia ha contado la fama, al profeta que por no anunciarles la próxima ruina de su ciudad trató de sustraerse por medio de la fuga de la poderosa voluntad de Dios que le envia, pero á quien las tempestades y los monstruos del mar obligan á cumplir su mision, ¿qué efecto no deberá producir en sus ánimos la predi-

<sup>1</sup> Se cree que este pez no era una ballena propiamente dicha, sino uno de esos grandes cetáceos cuyo esófago puede ofrecer un libre paso á un hombre vivo.

<sup>2</sup> Desde el momento que se ataca un milagro de la Escritura, es preciso hacer lo mismo con todos y con ella, ó aceptarlos con todos los libros sagrados que los contienen. *Aut omnia miracula credenda sunt, aut hoc cur non credatur, causa nulla est.* (S. August. Epistol. 102 in quæst. 6 de Jona, n. 31). ¿Diréis que este milagro es mas extraordinario que los otros? pero yo os responderé, en primer lugar, que un hecho no debe negarse porque sea extraordinario, sino porque no esté bien probado; y os preguntaré en seguida, la conservacion de Jonás en el vientre de un monstruo marino ¿es acaso mas extraordinaria que la resurreccion de Lázaro cuatro dias despues de su muerte, ó la de Jesucristo tres dias despues de su crucifixion? Y sin embargo no podeis negar estos hechos, mil veces mejor probados que los de Sócrates, de que nadie duda, sin arruinar toda certidumbre histórica. No digais que el milagro de Jonás es imposible, porque os preguntaré quién os ha dado el derecho de fijar los límites del poder del Criador, y de decir al Altísimo: Llegarás hasta aquí, pero no irás mas allá. La ciencia moderna niega todos estos pretendidos imposibles, y os reta á que probeis alguno en el hecho de Jonás.



cacion de aquel hombre conservado milagrosamente durante tres dias y tres noches en el vientre de un monstruo marino, y á quien Dios ha libertado de tan horrible cárcel únicamente para predicar la penitencia en Nínive? Así pues, nos parece que el primer motivo del milagro es, autorizar con un notable milagro la mision divina de Jonás.

El segundo motivo es dar á todos los siglos una profecía clarísima del artículo mas importante de nuestra fe, la resurreccion de Jesucristo. Este nuevo motivo, que enlaza el hecho de Jonás con el plan general de la Providencia, que queria que fuesen figuradas y predichas todas las circunstancias de la vida y de la muerte del Mesías, le da una alta importancia, y demuestra, por decirlo así, su necesidad.

Jonás dirigió, desde el fondo de su sepulcro vivo, una ferviente plegaria al Señor, quien le atendió mandando al pez que restituyese el depósito que le habia confiado, y el animal vomitó obediente en la orilla al Profeta. Marcha, le dijo en seguida el Señor, marcha á la gran ciudad de Nínive, y anuncia á sus habitantes su próxima ruina en castigo de sus iniquidades.

Jonás parte sin replicar, y entra en Nínive, ciudad que tenia una extension de tres dias de camino. Revestido Jonás de la autoridad de su Dios, se presenta en las calles y plazas públicas, exclamando en alta voz: Dentro de cuarenta dias Nínive será destruida! Estas pocas palabras pronunciadas por un extranjero á quien no conocian, pero que sabian estaba autorizado por un ruidoso milagro, causaron una viva impresion á aquellos idólatras. Creyeron en Dios; sus corazones se abrieron á la penitencia; todos, grandes y pequeños, se vistieron de luto; el mismo rey bajó de su trono, se despojó de todas las insignias de su dignidad, se cubrió con un saco, se tendió sobre ceniza, ordenó un ayuno público y universal, y dijo á sus súbditos: Abandonemos nuestras iniquidades, humillémonos, hagamos penitencia, y elevemos nuestras súplicas al Señor. ¿Quién sabe si, movido por nuestro arrepentimiento, volverá á envainar la cuchilla que tiene levantada sobre nuestras cabezas? Todos obedecieron, y la penitencia fue sincera: el Señor satisfecho revocó la sentencia de proscriccion.

Tal es el gran Soberano, ó, por mejor decir, el Padre tierno á quien servimos; castiga á su pesar, y prefiere darse á conocer con los rasgos de su clemencia mas bien que con los de su justicia: los

hombres, que no sondean la profundidad de su caridad, se indignan algunas veces de su paciencia.

Jonás era uno de esos hombres algo severos que tienen poca compasion para con los culpables: afligióse, y hasta se enojó de que segun todas las apariencias no iba á realizarse su vaticinio; se retiró al campo, al oriente de la ciudad, y se puso al abrigo de una tienda de follaje para ver lo que sucederia. Cuando transcurrieron los cuarenta dias y vió que nada de cuanto habia predicho se realizaba, se resintió vivamente, y no pudiendo contener sus quejas, se dirigió al Señor diciéndole: ¿No es esto lo que yo habia previsto hallándome todavía aun en mi patria? Sé que sois bueno, misericordioso y clemente; vuestra paciencia no se cansa fácilmente, no podeis resolveros á castigar sino despues de largos plazos, y á la menor señal de arrepentimiento que os dan los culpables, se os caen las armas de la mano. Esta es la razon que me impelia á refugiar-me en Tarsis para no verme obligado á hacer en nombre vuestro profecias que no realizais; tras tamaña afrenta os pido como un favor la muerte.

¿Crees tú, respondió sin enojarse el Señor al Profeta, que tienes razon de quejarte? Jonás no replicó, pues prevenido por la vivacidad de su pesar, no se hallaba en estado de aprovecharse de las amonestaciones de su Dios. Así pues, la dulzura del Señor no era mas que el primer aparato que aplicaba sobre su herida, pues le preparaba, despues de algunos momentos concedidos á su dolor, un remedio mas eficaz.

El ramaje que cubria al Profeta estaba casi enteramente seco, y el calor incomodaba en extremo al Profeta. Dios hizo que naciera, en una noche, sobre su cabeza una hiedra frondosa que lo defendiera de los rayos del sol; y al ver Jonás por la mañana la atencion paternal del Señor, se sintió animado de alegría y de reconocimiento. El dia siguiente, al asomar el alba, Dios mandó á un gusano que corroyese la raíz de la planta, y en un momento se secó, y desaparecieron las hojas.

Al asomar la aurora, el Señor llamó un viento abrasador que, unido á los rayos del sol que caian á plomo sobre la cabeza de Jonás, le hacia padecer un calor insoportable. Señor, exclamó, seguis abrumándome con nuevas penas; os he pedido ya que me enviéis la muerte, y os hago aun la misma súplica.

¿Piensas acaso, respondió el Señor, que tienes razon en enojarte



por la sombra que has perdido con la hiedra? Sí, respondió bruscamente el Profeta, tengo razon; no sé qué hacer de mí, y espero la muerte.

Óyeme, le dijo el Señor, y aprende á aprovecharte de tus faltas. Te enojas, te quejas y te impacientas por la pérdida de una hiedra que no has plantado, que no te ha costado cuidado ni trabajo, que ha crecido sobre tu cabeza sin que en nada hayas contribuido, y que una noche ha visto nacer, así como otra la ha visto morir. Segun tu deseo, debia yo haber conservado la planta para precaverte del calor que te abrasa, y ¡no quieres, porque has vaticinado la destruccion de Ninive, que perdone á esta populosa ciudad, donde se cuentan mas de ciento veinte mil niños que no saben distinguir la izquierda de la derecha! ¡Quisieras que lo hubiese exterminado todo, hombres, mujeres y niños, y hasta los animales de la tierra y las aves del cielo!

Al oír Jonás estas palabras, volvió en sí, como si despertase de un profundo sueño, y reconoció su falta; el Señor, que solo deseaba aleccionarle, le perdonó con bondad luego que le vió confundido. Jonás volvió á emprender el camino de Israel, y convencido por una prueba tan sensible de que si Dios amenaza, solo es para que se impetre su perdon, publicó el acontecimiento de Ninive, y no olvidó ninguna de las circunstancias capaces de reanimar la esperanza y producir la conversion.

El ejemplo de los ninivitas causará en el dia del juicio la condenacion de un gran número de cristianos, porque aquellos infieles se convirtieron á la voz de Jonás, que no era mas que un profeta, en tanto que los cristianos habrán desdeñado las prevenciones y advertencias del Rey de los Profetas.

Por otra parte Jonás no es únicamente el profeta del Mesías, sino que siempre ha sido considerado como una de sus mas notables figuras. En efecto, Jonás era un profeta encargado de atraer á los hombres á la penitencia, y nuestro Señor es mas que profeta, un enviado por su Padre para atraer á los hombres á la penitencia.— Los israelitas sus hermanos no escuchan á Jonás, y nuestro Señor no es escuchado por los judíos sus hermanos.—Jonás recibe el mandato de predicar la penitencia á los ninivitas que son idólatras, y se convierten; nuestro Señor, por el órgano de sus Apóstoles, predica la penitencia á las naciones idólatras, que se convierten.— Jonás, culpable de desobediencia, excita una violenta tempestad, y es ar-

rojado al mar; nuestro Señor inocente, pero cargado con los pecados del mundo, arma contra sí toda la justicia de su Padre, y recibe la muerte.— Apenas es lanzado Jonás al mar, se apacigua el cielo, y se calma la tempestad; apenas es muerto nuestro Señor, se apacigua la cólera de Dios, y su justicia se trueca en misericordia.— Jonás permanece tres dias y tres noches en el vientre de una ballena, de donde sale lleno de vida, y nuestro Señor permanece tres dias y tres noches en el seno del sepulcro, y sale despues lleno de vida.— Jonás, despues de salvado, predica la penitencia á los de Ninive, y nuestro Señor resucitado da orden á los Apóstoles de llevar el Evangelio á las naciones. Así pues, nuestro Señor cumplió aquellas palabras que repitió varias veces: Yo solo soy enviado para atraer las ovejas perdidas de la casa de Israel, es decir, los judíos; y únicamente á los judíos predicó el Evangelio durante su vida mortal. Pero como era el Salvador de todos los hombres, mandó á sus Apóstoles, despues de su resurreccion, que se esparcieran por toda la tierra y anunciaran á todos los pueblos la buena nueva de salvacion.

Esta figura nos enseña: 1.º que los judíos se negarán á convertirse, y que serán llamados en su lugar los gentiles; 2.º que el Mesías será condenado á muerte; 3.º que permanecerá tres dias y tres noches en el sepulcro; 4.º que resucitará, y que despues de su resurreccion convertirá á las naciones.

#### *Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos dado, con el perdon concedido á los de Ninive, una prueba tan interesante de vuestra infinita misericordia. Hacedme la merced de que siempre espere en Vos, cualquiera que sea el número ó la enormidad de mis faltas.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, no me desanimaré jamás, cualquiera que sea el número de mis pecados.